

CUCHILLAS Y ESTRELLAS de Raquel Martínez

Y Ayden volvía a tener el mismo día de siempre: Conversaciones fugaces entre clase y clase con Renata y Paris, que eran sus únicos amigos, sensación de cierto desprecio por parte de algunos compañeros de clase y un apoyo algo mediocre de sus allegados.

- Papá estoy muy triste. En clase hay varias personas que creo que me miran mal y cuchichean sobre mi y mis amigos.

- No pasa nada hijo, mientras no te peguen como le hacían a tu tío de pequeño todo te irá bien. Eso sí que eran problemas de verdad, quítale hierro al asunto porque creo que no es tan grave lo que te pasa. Dame un abrazo.

Ayden percibía estos hechos como sólidos avales para pensar justificadamente que no había más que sinsabores y buenas razones para estar triste en su vida. A pesar de tener solamente catorce años, llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea del suicidio. Había leído casos reales en internet y visto numerosas series y películas en las que parecía hasta algo bonito, liberador y tremendamente romántico. Por ejemplo, hace unos meses leyó que dos chicas saltaron desde lo alto de un museo porque lo pasaban tan mal como él creía que lo pasaba en el instituto, eran mejores amigas y decidieron hacerlo juntas para no perderse la una a la otra. O aquella película en la que dos hombres, cuya única compañía habían sido ellos mismos en los últimos veinte años, mueren juntos al enterarse uno de ellos de que el otro quería la eutanasia por no soportar más el ELA que llevaba acompañándole varios años.

Todas estas historias calaban muy hondo en la influenciada mente de nuestro Ayden, que ya había deformado lo suficiente su realidad como para tomar una decisión. Al día siguiente, moriría como a Cleopatra le gustaba darse sus baños, sumergido en leche. Ese día se fue a dormir incluso con ganas de que llegara el día siguiente, se durmió en quince minutos en lugar de las dos horas que solía tomarle conciliar el sueño.

Era miércoles. Se despertó a la misma hora que siempre e intentó disimular su buen estado de ánimo en el desayuno para que sus padres no preguntaran, su aura taciturna debía ser la misma que de costumbre para evitar cualquier sospecha. También sabía que sus padres salían de casa para ir a trabajar a las 8:00, quince minutos después de la hora a la que él solía salir para llegar al 3 instituto a las 8:15 después de media hora de paseo. Puso los pies en la calle a la hora prevista pero no fue en dirección al instituto, ¿qué sentido tenía ahora ir a clase si al día siguiente iba a estar muerto? Entró en el primer supermercado con el que se tropezó y se gastó

todos los ahorros que tenía en bricks de leche, que tuvo que transportar hasta su casa usando el carrito del supermercado habiendo dejado en fianza su DNI.

Pensó que llevaba mucho tiempo sin sentirse tan emocionado y satisfecho cuando vió su bañera llena de leche con la cuchilla de afeitar de su difunto abuelo en el borde de la bañera. Se desvistió, entró en la bañera, cogió la cuchilla, cerró los ojos, pensó cálidamente en todas las historias sobre suicido que había visto y leído y se abrió la mitad del antebrazo izquierdo con un rápido corte. Se le cayó la cuchilla de la mano mientras un surco se abría paso entre la névea blancura, como si un terremoto hubiera resquebrajado la leche de donde brotaban oleadas de encendida lava. Ayden sintió perder el conocimiento, la cuchilla en el suelo y su cabeza apoyada en la cerámica de la bañera. Para Ayden transcurrió medio minuto de aparente inconsciencia hasta que escuchó con perfecta nitidez y por casualidad, las aspas de un helicóptero que sobrevolaba su bloque. Al percatarse de que estaba perfectamente, una implacable vergüenza invadió su ser. ¿Me habré cortado lo suficientemente profundo?, ¿por qué no he visto esto nunca en las historias que conozco?, ¿seré tan inepto que ni siquiera sé suicidarme?. Abrió los ojos súbitamente y se miró el antebrazo izquierdo. No había ni cicatriz. No daba crédito a sus sentidos, a pesar de no tener valores religiosos llegó a pensar por una fracción de segundo que estaba en el purgatorio y que Dios sí existía. Sus glándulas adrenales inundaron su torrente sanguíneo de adrenalina, lo que le hizo salir de un salto de la bañera, secarse el brazo izquierdo y examinarlo exhaustivamente. Había algo de sangre en la bañera, pero no toda la que debería de haber.

Después de media hora de incredulidad comenzó a darle vueltas a lo ocurrido, quizás tenía una enfermedad rara, o tal vez sí que existían entidades superiores que le habían bendecido con esta cualidad o mejor aún, igual tenía un superpoder inexplicable. Fuera cuál fuera la explicación, el caso era que no estaba muerto.

Mantuvo este evento en absoluto secreto, volvió a ir a clase y trató de aparentar una normalidad absoluta mientras seguía experimentando con su anomalía. Lo intentó todo pero con el mismo resultado siempre, ni un segundo de inconsciencia y al poco tiempo sus heridas se esfumaban, exactamente igual que el fuego de las estrellas fugaces. Después de algunos intentos se dió cuenta de que ya no estaba intentando suicidarse porque realmente quisiera morir, sino porque quería entender qué era lo que le pasaba. Encontró en este afán de conocimiento lo que hasta entonces no había tenido: una buena razón para vivir. Dejó de idear nuevas formas de quitarse la vida y comenzó a ver las cosas de otro color. A lo mejor sus compañeros no cuchicheaban sobre él y sus amigos, sino que lo hacían sobre otras cosas, quizás sus padres no le ignoraban tanto como pensaba y simplemente no daban abasto con el trabajo. Su vida seguía siendo la misma, pero ahora la miraba a través de una lente distinta.

Los años pasaron, él cambió, descubrió aficiones apasionantes, se desarrolló sexualmente y llegó incluso a olvidar aquel episodio de su adolescencia en el que llenó una bañera de leche para suicidarse. Ese recuerdo brillaba con la misma intensidad en su memoria que el que se tiene de un buen sueño, pues llevaba

cuarenta años sin haberlo vuelto a intentar. Lo que le hizo recuperar consciencia de ese hecho fue que parecía no envejecer, tenía ya cincuenta y cuatro años y parecía un joven de treinta. Con cuarenta no le dió importancia, con cincuenta comenzó a sospechar y a cada año que pasaba más acuciante era la necesidad de decidir algo. Hasta que cuarenta años después de aquel día, se convenció así mismo: También era inmune al transcurso del tiempo. Esto le preocupaba mucho, pues nadie podía conocer su secreto y cada año que pasaba, más gente se sorprendía al conocer su edad. Tenía que tomar una decisión cuanto antes, contarle su secreto a sus seres queridos y mentir con la edad a las personas que no le conocieran o morir "burocráticamente" y mudarse a otro país.

Un secreto deja de serlo cuando lo saben dos, fue la frase que le persuadió para abandonar la vida que tenía. No podía permitir que nadie lo supiera porque estaba convencido de que si se hacía pública la noticia, la CIA o algún servicio de inteligencia de las superpotencias mundiales le capturarían y experimentarían con él para siempre. Le gustaba mucho su vida pero pensó que sus seres queridos podrían soportar la noticia, estaba soltero y no iba a destrozar la vida de nadie por desaparecer. Aún así, con mucho dolor en su corazón por abandonar a sus amigos y sus padres (que aún vivían), lo arregló todo para morir sobre el papel y marcharse a otro país a vivir.

Tardó mucho en decidir su destino y en digerir las innumerables consecuencias que tenía el hecho de ser inmortal al paso del tiempo. Pero le consolaba el hecho de que ahora podía vivir todas las vidas que quisiera, no tenía más opción que aceptar su sino e intentar aprovechar lo que pudiera su insólita condición. Decidió que abandonaría la vida que tuviera cada veinticinco años, repitiendo el proceso de muerte burocrática y mudándose a un lugar lejos del que acababa de dejar atrás.

Vivió cientos de vidas diferentes, descubriendo en cada una de ellas aspectos de la realidad que había ignorado por completo hasta la fecha. Vió evolucionar la humanidad durante miles de años, conoció a personas fantásticas, vivió experiencias únicas y sufrió como nadie lo había hecho en la historia. Abandonar todo lo que tenía cada veinticinco años era normalmente la parte que más odiaba del ciclo, aunque hubo veces que hasta adelantó su marcha por estar insatisfecho o deprimido con la vida que tenía en ese momento. Pero por lo general le costaba mucho soportar el abandono repentino de sus parejas, hijos y amigos.

El verdadero problema llegó cuando los ciclos se volvieron tan repetitivos que hasta la más sublime sensación le llenaba tanto como una simple gota de agua llena una piscina vacía. Se había aburrido de la vida en la Tierra, conocía tan bien al ser humano, sabía tantas lenguas, había estudiado tantas disciplinas y había visitado tantos lugares, que ya no se le ocurría nada que pudiera llenar su vacío. Al final del tricentésimo cuadragésimo séptimo ciclo jugó su última carta, intentaría volver a suicidarse pero esta vez a lo grande, asegurándose de morir definitivamente y para siempre. Su plan consistía en subirse a un vuelo espacial turístico con destino Mercurio y justo antes de entrar en su órbita, robar una de las cápsulas de

emergencia y llegar hasta el Sol en ella. Era imposible que no muriera de esa forma, sabía que la temperatura en la superficie del Sol era de unos 5500°C y que su cuerpo se desintegraría mucho antes de ese punto.

Vivía en "Panamérica", que se corresponde con la América del Sur de 2024, que por supuesto tenía desde hace cientos de años más de 100 espaciopuertos por todo el país. En ese momento de la historia había muy pocos países en el mundo en comparación con 2024. América del norte se separó de su hermana meridional en el año 2076 a causa del esperado terremoto "The big one", que hundió San Francisco en el pacífico y separó por completo las dos américas. Acontecimiento histórico que dió pie a una guerra de independencia económica entre los dos nuevos continentes, pues EEUU tenía un gran control económico sobre los países de américa del sur y estos vieron en la catástrofe del terremoto un móvil idóneo para la revolución. Lo que progresivamente acabó desembocando en una unión territorial además de económica, fundando oficialmente el estado de Panamérica en el año 2104.

Ayden, (que se había cambiado el nombre cada vez que repetía un ciclo sin olvidar su verdadera identidad) se dirigió al espaciopuerto más cercano con una maleta llena del equipaje promedio de turista espacial, para no desvelar sus verdaderas intenciones bajo ningún concepto. Robar la cápsula fue sencillo, la antigua y eficaz estrategia del pañuelo con cloroformo era infalible. Le extrajo al guarda las lentillas de reconocimiento ocular que permitían a la tripulación acceder a todas las estancias de la nave y se las puso sin problema. Accedió a la cápsula de emergencia y salió disparado hacia el Sol. Las naves que le perseguían por haber delinquido, dejaron de hacerlo cuando vieron el ardiente destino que tenía esa persecución: el astro rey.

Ayden se sentía en paz. Lo que más le tranquilizaba era el no volver a sentir la angustia de tener que existir eternamente. En 2064 pensó que tenía grandes ventajas el poder vivir indefinidamente, por contra, no pensó en que el tiempo es implacable, y que quizás en el año 10714 no le parecía tan grandiosa la idea de la vida eterna. Pero todo eso había terminado. Los ensordecedores pitidos de alerta de la nave, el sonido de las juntas metálicas fundiéndose y la gran mole de hidrógeno fusionándose que tenía en frente le sumergieron en un estado de trance que le hizo pensar que estaba en el lugar correcto, iba a morir tranquilo. Cuando apareció el primer agujero en la nave, el aire de dentro salió al espacio, llevándose consigo cualquier sonido. Ahora eran la inercia y la gravedad en lugar de los motores de la nave los que le precipitaban inevitablemente hacía el Sol. El dolor físico que embestía contra su ser inexorablemente no obstó su satisfacción mental cuando se quedó sin visión por las quemaduras, momento a partir del cual solo sintió crecer tanto el calor como el dolor hasta un punto máximo indescriptiblemente desagradable.

Y después: nada. Absolutamente nada. Excepto su conciencia. No veía, ni oía, tampoco notaba con el tacto, lo único que persistía era su conciencia. Ya no sentía dolor porque su cuerpo se había desintegrado, sin embargo su conciencia seguía intacta, podía seguir pensando con absoluta claridad. Tampoco sentía ansiedad, porque todas sus glándulas hormonales habían sido engullidas por el ígneo coloso

que antaño permitió su vida y la de toda su especie. En ese instante entendió la esencia de su anomalía, estaba condenado a existir eternamente, no su cuerpo, sino su conciencia, eso es lo que era perpetuo. Si bien no experimentaba ansiedad física, sus pensamientos eran de un tinte desolador. Su plan había fracasado, no podía creerse que ni siquiera la desintegración de su cuerpo sirviera para acabar con su existencia. En realidad acababa de desbloquear un aspecto de la realidad absolutamente nuevo, su conciencia podía existir sin necesidad de un soporte físico, lo que le ahorraba gran cantidad de sufrimiento pero no impedía que se maldijera a sí mismo por no haber pensado en todas las posibilidades. Y ahora, era prisionero del campo gravitatorio del Sol, permanecería en algún punto dentro del mismo hasta que su carcelero se convirtiera en una gigante roja, expulsando sus capas más externas, liberándole de su prisión y devolviéndole su cuerpo con suerte. Ayden en el fondo ignoraba la verdad, tampoco tenía forma de saberla. Lo que realmente le estaba ocurriendo a su cuerpo era que los átomos que lo componían, estaban continuamente tratando de volver a juntarse para regenerar su cuerpo, pero al mismo tiempo el Sol quemaba cualquier estructura biológica que se pudiera formar. De forma que los átomos de su cuerpo estaban en un equilibrio dinámico entre la abrasión del Sol y el poder de Ayden, pugna que tenía como resultado que él no dispusiera de cuerpo. Por esta razón su conciencia se hallaba también atrapada, pues ésta, estaba ligada al lugar en el que estuvieran sus átomos, más bien al punto medio entre éstos. Solo tenía que esperar dos terceras partes del tiempo que llevaba existiendo el universo para que eso ocurriera. Tenía largos monólogos, episodios de angustia puramente mental y entretenimientos banales que le acompañarían a modo de ocupación hasta que quedara liberado. No había más que esperar, esperar y esperar...